

El desencanto encantado. Monólogo de un publicitario ocasional en víspera del pospinochetismo

Marco Antonio De la Parra

*«Necesitamos, por ejemplo, un nuevo concepto del futuro»
(Nobert Lechner)*

Yo conocía a José Manuel Salcedo del teatro y la televisión. Antes de nuestro encuentro en la agencia de publicidad donde él trabajaba, lo había visto en esa prodigiosa obra que era "Pedro, Juan y Diego" y conservaba valiosos recuerdos de su labor en la pantalla chica en "La Manivela", especie de obligada referencia, adornada tal vez por la nostalgia que surgía y surge en toda conversación sobre lo televisivo en nuestro país. "Mejor que *La Manivela*" o "nada igual que *La Manivela*" o "es algo así como *La Manivela*". Lo sabía extrovertido, diabético y que venía saliendo del incendio de la carpa de circo donde había estrenado otro monumento como "Hojas de Parra", evento teatral sobre textos de Nicanor en que un cementerio se tragaba un circo en medio de discursos y declaraciones y retóricas. ¿Cuál era el circo? ¿Cuál era el cementerio? Las asociaciones son fáciles y crueles, no respetan idealización alguna y saben amargo. ¿Cuándo se transformó Chile en un circo que no supo cuidar sus contornos? ¿Cuándo nos empezó a invadir la muerte? Contesté de acuerdo a las instrucciones adjuntas.

La razón del encuentro era otra, no recuerdo cuál. Creo que tenía que ver con unos proyectos que respaldaría no sé si CENECA (uno de esos Centros Académicos Independientes que la necesidad creó para alojar los retazos del pensamiento expulsado a punta de bayoneta de las universidades y que tanto bien han hecho por el arte y la cultura criolla) o alguna otra organización. Estaba María de la Luz Hurtado, con quien nos habíamos hecho amigos en Nueva York, y se me ocurrió hablar de mis dificultades en la Universidad de Chile, donde ejercía como psiquiatra.

Eran años difíciles para unos (los más) y fáciles para otros (los menos). Pleno 1981, acababa de aprobarse en un dudoso referéndum la famosa Constitución que nos tendría metidos en camisa de fuerza con apariencia legal y no lo pasaban bien los

disidentes. El *boom* económico galopaba hacia arriba, poblando las vitrinas de electrodomésticos, y se consagraba la modernidad más desatada en los templos cotidianos del ciudadano chileno. El consumismo se declaraba religión y la gente se endeudaba como drogada en busca de la redención definitiva, esperando que la salvación cayera de la pantalla a todo color estrenada para el Mundial de Argentina en los televisores japoneses que iluminaban los hogares de clase media encarnando el nuevo deseo colectivo de la clase obrera. Yo ya había tenido problemas con una obra de teatro que escribí sin entender de qué se trataba y que fue censurada un día antes de su estreno en la Universidad Católica. La historia de esa pieza es la historia de la ingenuidad perdida para siempre, pero es otra, y no vale acá la pena relatarla. La cosa es que el estímulo no era pan habitual en mi trabajo, y me sentía medio perdido y con ganas de irme. Dependía de mi sueldo; mi mujer esperaba nuestro segundo hijo y el dinero también me tenía de las narices. Lo peor de la posmodernidad, el hedonismo, la desideologización, la sacralización del dinero, la cultura de la tarjeta de crédito, la desesperanza, se hacían resonar en nuestros espíritus.

Recuerdo que me llevé la mano al mentón y le dije a Salcedo que estaba cabreado, hasta la coronilla, que qué daría por trabajar con él.

La reunión (no lo he dicho) se realizaba en una casona de la calle Lyon donde él laboraba con un sueldo envidiable para la época. Había dejado prácticamente el teatro y mantenía una familia y un hijo espléndido que requería de sucesivas intervenciones quirúrgicas por una cardiopatía congénita.

¿Saben ustedes lo que es una agencia de publicidad para un espíritu subdesarrollado? ¿Saben ustedes cómo impresionan sus mesas de cristal, su alfombra muro a muro, mullida, donde los pasos perdidos se extinguen y los barros desaparecen, su logotipo enorme sobre la pared como un escudo de armas contemporáneo señalando el secreto poder sobre el deseo? ¿Han visto sus bellas recepcionistas, sus secretarías diligentes haciendo zumbir silenciosas máquinas electrónicas que tipean con zumbido de abejas la estrategia del anhelo ciudadano?

¡Haw Haw!

Yo no era inmune. Como un aborigen deslumbrado por los espejos y las cuentas de colores me dejé sedar por el aire acondicionado y me pareció armónico el paseo de los ejecutivos en sus albas camisas hacia el piso de los creativos, desenfadados,

pelilargos y mordaces, haciendo gracias y malabares al servicio de las más mercenarias causas.

Sí; cierto. En Chile todos queríamos ser mercenarios. Antes, en los 60, todos queríamos ser princesas, después guerrilleros, después meramente nos conformamos con ser sobrevivientes. En ese entonces todos queríamos ser putas. (No se ha escrito lo suficiente sobre el tema del prostíbulo como escenario latinoamericano).

La conversación quedó en nada, más allá de un chispazo en los ojillos de José Manuel detrás de sus gafas y una sonrisa de interés en mi colaboración que, sinceramente, no esperaba. Un telefonazo semanas después me confirmó una oferta seria. Media jornada, un buen sueldo (sin duda mucho más de lo que obtenía en un servicio público; ustedes saben lo que piensa de ellos la economía neoliberal), una faena que me era atractiva.

Veo que algunos de ustedes se levantan de la sala. Dicen, no escuchamos a tipos que se dejan seducir por la publicidad, no queremos saber nada de quién se entregó a los fariseos, perversión del arte llaman a este oficio, malversación de los talentos, pérdida del sentido del acto creador. Son gente pura, deseaban que en nuestro país hubiera sido posible otro estado de cosas. Yo también lo deseé. Pero la historia fue otra. Hubo batallas también en el terreno ese que llaman del espíritu. Y les estoy relatando la mía.

Es cierto, no comenzó con mi entrevista con Salcedo. Venía de antes. Venía de una intuición dolorosa de que algo se filtraba en el trabajo de los publicistas. Venía de una fe incansable en el talento y su poder de resonador de una sociedad. Era ya un convencido de algo que sólo sería palabras años más tarde: el verdadero artista no hacía lo que creía por más miserable que su oficio fuese. La verdadera creación era siempre la lectura de un inconsciente social, el discurso secreto de una colectividad que encargaba a sus artistas la función equivalente a la del sueño en el inconsciente freudiano. No se inquieten, esta crónica no se convertirá en ensayo. Advierto nada más que de la televisión y los diarios - ambos medios oficialistas - no leía sus contenidos, sino sus márgenes, y que las tandas publicitarias me parecían lo único digno, el secreto retrato de Dorian Gray, donde había que leer entre líneas las decrepitudes y logros de un país adolorido. Ciertamente, había que separar como a la paja del grano, pero las señales eran inequívocas. No en vano fue en un aviso comercial donde apareció por primera vez un miembro de la clase proletaria en televisión después del golpe. La imagen de la pobreza había desaparecido por

decreto y se prohibía hablar de ella, como de la tortura, la represión, los desaparecidos. Todas esas cosas para las que debimos inventar metáforas y eufemismos, y que otros han transformado en retórica, desvalorizándolas también en otro sentido, que también impedía elaborar el duelo. El *spot* a que me refiero parecía anodino e incluso divertido y, coincidencia de coincidencias, lo protagonizaban José Manuel Salcedo y Fernando Gallardo. El primero ya está presentado y el segundo es un actor varias veces amenazado, obligado a dejar el país y vuelto a amenazar a su retorno por manos anónimas y peligrosas.

Ambos interpretaban el rol de dos limpiavidrios de un gran edificio de departamentos. ¡Echen a rodar las metáforas, muchachos! De pronto veían, a través de las ventanas que limpiaban, ajenos al espacio que podían ver, pero no tocar, que comenzaba un partido de fútbol. Comenzaban a ascender y descender en su andamio. ¡Mirad la metáfora otra vez! ¡En el aire se bambolean mientras miran el partido de fútbol! Buscaban el mejor televisor demostrando un acabado conocimiento de marcas y capacidades técnicas, probablemente a costa de tanto vitrinear y recibir información sobre productos de los que no los eran propietarios. Ubicaban finalmente un *National Panasonic* al que alababan con denuedo y terminaba el *spot* (brevísimos, un poema de 30 segundos) con el gol del equipo de los limpiavidrios y el propietario del aparato en cuestión tomándose la cabeza a dos manos. ¿Deseo? ¿Premonición? La imagen final del tipo que se hundía en su *bergere* y la frustración, mientras atrás gritaban los dos obreros alzando las manos, reventaba toda estética del realismo socialista y estaba hecha por encargo de un importador que pagaba bien a un equipo creativo presidido por un señor al que decían "Mito" Castro. Curioso nombre para un publicista, en una época donde las leyendas han sido reemplazadas por los *slogans*.

Le comenté el *spot* a Salcedo esa mañana y dos semanas después estaba en la oficina del gerente de la agencia, que tenía tras suyo una foto de Pinochet autografiada. Era un hombre de muy buen humor y sorprendente generosidad. No temía mi disidencia, y sólo le interesaba mi funcionalidad. Consecuencia de eso, el profundo ambiente democrático que reinaba en la oficina desde el punto de vista político. Pragmáticos hasta las últimas consecuencias, eran la otra cara de los trabajos públicos rigurosamente vigilados por el Hermano Mayor y donde lo más inverosímil podía motivar un despido, una persecución, un juicio sumario. La delación era habitual y la desconfianza costumbre. Era un alivio estar en la agencia y respirar tranquilo con menos miedo del ambiente.

La renuncia a mis labores como miembro del *staff* docente y asistencial de la Clínica Psiquiátrica lo sentí como un alivio enorme. Me metía en otros líos, pero se venía un año prometedor. Contratado como apoyo del mismísimo José Manuel Salcedo, tuve mi espacio y mi tiempo y entré en la trastienda del poder sobre las motivaciones desde dónde se escribía la historia de la vida cotidiana, la que leerán los arqueólogos por venir cuando recolecten envases de Coca-Cola, tubos de Crest, tarros de Nescafé, imaginando el paisaje hiperindustrializado de la gran Era del Consumo, el tiempo de los objetos, el que cambio la imagen de Chile cubriendo con letreros camineros las huellas de la guerra sucia.

Lo laboral y lo poético

Del año trabajado como redactor creativo en lo que terminó siendo *Lintas-Chile* tras una batalla de multinacionales, los recuerdos son variados y no todos felices. Si soy objetivo debo anotar que me retiré hastiado y que ya a los ocho meses mi rendimiento había decaído groseramente, gastadas mis últimas neuronas en guiones para dentífricos, *casting* de gaseosas y argumentos que mutilaba por orden del ejecutivo de cuentas. Pero si soy subjetivo, tengo una vaga pero intensa sensación de embriaguez y no me puedo acordar bien de lo laboral, sino de lo poético: campañas imposibles para productos improbables, poemas armados triturando publicidad de la competencia, campeonatos de lugares comunes y antipublicidad. Una extraña voluptuosidad se apoderaba de mí cuando comenzaba a entender una estrategia de medios o me adueñaba de palabras extrañas hasta hacerlas vida diaria. Un poder mágico en el que me sentía un aprendiz aprovechado: la comunicación, la efectividad de un mensaje, el posicionamiento de un producto. Era un lenguaje frío y desapasionado, como cuando lee uno a Masters y Johnson y se encuentra con que de sexo no sabe nada, sino sólo su apariencia. El mundo de la publicidad era el que ayudaba a reconocer las apariencias del deseo, su mecánica, la artesanía del espejismo. Cada día pasado en esa casa de ilusiones era un avance más en el dominio del arte de parecer y seducir. El lenguaje ganaba en certeza, se poblaba de anzuelos, se enriquecía de artimañas. Dolía menos ver televisión y escuchar los interferidos mensajes oficiales, era menos cruel la ofensiva de la propaganda gubernamental. Había aprendido a ver debajo del agua, a entender el código secreto que tejían las palabras con que se nos pretendía hipnotizar.

En alguno de los delirios que todo chileno tuvo durante estos quince años, pensé que era como la historia de Lautaro, preso por los españoles y su cautivo por años, aprendiendo estrategia militar, el manejo de las cabalgaduras y el derrumbamiento

de los mitos que atemorizaban al pueblo araucano. En otro delirio sentí que era una especie de redención con el descenso a los infiernos de la creación, sus trasfondos, sus aguas más profundas, para emerger renovado y redimido de tanta complicidad pasiva en los momentos más duros, poniendo alguna vez al servicio de otra posición los instrumentos recogidos por el régimen y del cual éramos sus bufones, cortesanos, músicos de salón.

De José Manuel Salcedo recuerdo su oído privilegiado, su mala vista y su conversación prodigiosa. Recuerdo su afición al fútbol y sus proezas culinarias, recuerdo su cultura poética a toda prueba y una común afición por la lectura, que convertía las sesiones de trabajo en debates literarios de alto vuelo. ¿Quién diría que Rimbaud escribió para *Signal*? ¿O que Howard Hawks se sentó con nosotros, Raymond y Dashiell Hammett, para redactar un *script*? Si en alguna parte se creó el posmodernismo artístico fue en una agencia de publicidad. Ahí se perdió el respeto a todas las coordenadas, ahí las viejas oposiciones se tornaron integración fecunda, ahí lo diverso reemplazó a toda uniformidad, ahí el tiempo y el espacio se hicieron ridículos como continentes. Lo culto y lo popular cedieron sus muros y se mezclaron alegremente sobre la mesa del director de Arte, que ilustraba imitando a Chagall un texto mezcla de bolero con metafísicos ingleses. Marx y Freud almorzaban con nosotros en el subterráneo, el Dante era enviado a buscar café, Verdi nos susurraba una pauta posible para un *pack* final. Maltrato de la cultura, quizás, destrucción incluso también. Pero así se escribía la época, siendo su soldado.

No fui el único. Pan de cada día la existencia de poetas, dramaturgos y pintores en las oficinas de la Madison Avenue criolla, repartida por el *ghetto* verde de Santiago de Chile, aunque después cada uno, desclasado, partiera a sus hogares en la periferia. Ahí entrábamos en el disperso palacio de cristal de los Medios de Masa. Ahí fuimos espías observadores, camuflados con el quehacer de prostitutas, ennobleciéndonos.

La certeza vendría tiempo después, en dos momentos gloriosos, sino tres. El Campeonato Mundial de Fútbol del 82, la inauguración de Filmocentro y finalmente el 5 de octubre de 1988, el día de las esperanzas, el día que tuvimos el Gran Miedo y la Gran Alegría, cuando ganamos el plebiscito contra Pinochet.

El carro de la victoria

En los días previos al Mundial fue que concebimos la mayor creación de ese año de trabajo, en dupla con Salcedo. Sabido es que cuando el tiempo daba espacio (que me escuchen esta frase los físicos) dábamos rienda suelta a cualquier otro apetito creador, y pasábamos del Music Hall al teatro, verdadero oficio de ambos, siempre en bambalinas, prestos para salir a escena. Escribimos sin escribir varias piezas teatrales de las cuales algunas huellas se pueden rastrear en producción es posteriores del suscrito. Las más importantes fueron dos: *Volver a Freirina*, más de Salcedo que mía y *El Carro de la Victoria*, más mía que de él, lo que al final daba lo mismo. Sus únicas funciones fueron relatos hechos a dúo en cenas posteriores bien libadas, donde repetíamos esta mitología de nosotros mismos, vehículo único posible para entender una historia de discurso demasiado manoseado.

Volver a Freirina trataba sobre las aventuras, alegrías y padeceres de un grupo de relegados, disidentes enviados sin derecho a réplica al pueblo citado, otrora bastión demócrata-cristiano, donde hacían sus vidas esta gente, viviendo situaciones en general más bien tragicómicas para sobrevivir a su pena. Pensamos que daría buen material para un guión cinematográfico y en una de esas volvemos a trabajar juntos sobre el guión. *El Carro de la Victoria* estaba relacionado con otra gran pasión que compartíamos, aparte del arte dramático: el fútbol. La frase era tomada de una declaración del entrenador en ese entonces de la selección chilena, Luis Santibáñez, quien había conseguido clasificar a nuestra anémica representación para el Mundial de España con un planteamiento absolutamente pragmático, un fútbol sin brillo, agrupando jugadores en el área y contando con un par de veloces contragolpeadores que, sin imaginación ni gran despliegue de talento, colocaban el balón en la red contraria soportando luego 90 minutos los esfuerzos del oponente por atravesar los muros defensivos de Chile. Había recibido una fuerte crítica de todo el periodismo deportivo a sus planteamientos tácticos, deslucidos y meramente utilitarios que por supuesto viró en 180 grados al momento del éxito de la clasificación. Ahí hizo esa histórica declaración Santibáñez, ascendido a prócer de la historia futbolística chilena: "*Ahora se quieren subir todos al Carro de la Victoria*". A partir de ese instante le cayó encima, inconsciente colectivo mediante, una brutal identificación con Pinochet. Su discurso prometedor de un Chile triunfante y aguerrido, su exhibición de logros al unísono con el país del *boom* económico de las importaciones y el dólar fijo por años en 39 pesos, lo que nos permitía movernos como reyes por los países extranjeros. Eramos al fin ricos, al fin campeones. Los nunca triunfadores, los que hemos construido toda una moral de la derrota, alcanzaríamos la victoria

definitiva, el pedestal de la famosa y tan mentada mentalidad ganadora. Tal sería el *slogan* de la campaña del plebiscito por parte del gobierno. El *país ganador* era anunciado a los cuatro vientos y los partidos preparatorios de esa selección chilena de fútbol eran primera plana y cadena nacional de radio y televisión. Los futbolistas eran recibidos por el presidente-general que se fotografiaba dándoles la mano.

Sólo Carlos Caszely, el centrodelantero mítico del Colo-Colo de 1972 se negó a hacerlo, episodio que entró de inmediato en la mitología de la disidencia, siendo confirmado años después durante la campaña televisiva del NO con su declaración sorpresiva, como sus apariciones en el área chica a darle un puntazo de hada madrina a la pelota para descolocar las siempre fraudulentas maniobras de la zaga, inútiles ante el emergente Caszely que declaró a las cámaras, ante todos los chilenos, sobre su madre detenida y vejada por fuerzas de seguridad, si es que así se les puede llamar sin sentirlo una broma de mal gusto.

Remember Caszely

La idea que habíamos tenido con Salcedo era simple, llena de un grotesco que nos parecía el único género posible para retratar nuestra tierra. Un grupo de ex-intelectuales de izquierda que ha ido desgranándose hacia posiciones más cómodas de supervivencia en Centros de Psicología Laboral o de Estudios de Marketing o en oficinas de bancos extranjeros, decide reunirse en la casa patronal de un fundo que está en venta, quebrado por la latente crisis del agro en esos tiempos (no llegaban aún los kiwis y las rosas mosquetas a salvar la ruina del paisaje nacional), para ver el Mundial de Fútbol de España 82. La preparación era apoteósica: televisores varios, una mesa de billar donde simular jugadas, camisetas de los distintos equipos, un potrero enorme, descampado, donde intentar recordar una vieja habilidad deportiva, una pantalla gigante de video en la que se repetirían hasta el infinito los triunfos que obtendría la selección de Santibañez. El triunfalismo reinante nos parecía divertido y, no lo vamos a negar, contagioso. Quien trate de negar que el fascismo es fascinante, que lea el artículo de la Sonntag al respecto y permanezca sentado. Quien se trate de resistir a un bombardeo ideológico de la monta que vivimos los chilenos que cuente cómo lo hizo, que la clase media nuestra recién se despercude y mal. De esto trata esta crónica, así que paciencia. El Campeonato Mundial comenzó y la historia es por todos conocida. Chile perdió los tres partidos de los octavos de final sin pena ni gloria. La defensa inexpugnable hizo el soberano ridículo y Caszely abrió la saga de desgracias perdiendo un penal indispensable frente al arco austríaco. Hecho histórico:

anunciaba la debacle por venir y (la franja del NO lo terminaría de explicar) significaba lo difícil que era entregarse en todo su talento a un país marcado por la culpa, la deslealtad hacia su propio pueblo, la traición cotidiana. La estábamos viviendo nosotros ahí mismo, vendidos en cuerpo y alma a las multinacionales de la publicidad, sobreviviendo como toda una clase media cómplice que todavía tiene muchas deudas que saldar. Caszely no pudo hacerlo, como nosotros perdimos muchos penales, en muchos arcos del espacio mental del país. Pero con el penal comenzó otra cosa a venirse abajo. Con Salcedo pensábamos que nuestra obra no quedaba más allá de un juguete de humor sobre una situación de la que muchos queríamos poder reírnos, perderle el miedo, liberarnos, pero la comedia se transformó en una tragedia de espanto.

Recién eliminado Chile del Campeonato apareció el ministro de Hacienda en televisión a declarar que el dólar fijo se acababa y que el peso se iba al suelo y que Dios nos asista. La recesión económica quebraba las arcas, las deudas en dólares estallaban, los especuladores se hacían ricos en 24 horas, el dólar negro emergía como dueño y señor de los anhelos pequeñoburgueses. Unos días después empezó a llover. Mitológicamente llovió y llovió, con la misma porfía con que no entraba el balón en portería alguna ajena a la chilena, la lluvia se obstinaba en caer y caer y caer. El río Mapocho, manso hasta la estupidez, feo y oscuro, se volvió bravo y peligroso y se desbordó. Con Salcedo pensamos en nuestros héroes de la obra. Mirarían por televisión las inundaciones y el diluvio pensando que históricamente los afectados serían los más pobres pero, como todo Chile, de pronto saltarían horrorizados al ver sus propios autos, sus propios refrigeradores bajando corriente abajo, destrozados. El barrio Vitacura, de la clase alta, era arrasado por las aguas torrentosas para llevarse todo el descuido y la omnipotencia de una clase, todo el arribismo, todo el consumo desenfrenado, en una especie de castigo de los cielos.

La lluvia no paró ante la desesperación de los militares, que no sabían qué declarar a la prensa fuera de insistir en que todo estaba bajo control. Sabido es que si alguien se apropia de un país deberá cargar con identificaciones primitivas y recibir la culpa incluso de los fenómenos meteorológicos, de los terremotos y las hambrunas.

Quien se unja dios, tendrá que cargar con la responsabilidad de la caída del cielo. En una semana Chile era un desastre. Los espejismos se habían roto y de nuevo éramos un país derrotado y frágil. En la obra, los personajes se mataban entre ellos, se hacían argentinos, brasileños, alemanes, italianos, con tal de lograr esa copa tan ansiada hasta terminar uno solo cantando himnos fascistas, mientras violaba a la

vieja criada del fundo contra la pantalla del televisor muda y el agua entrando bajo las puertas, recordando la mínima condición del hombre y su ridícula soberbia.

Poco después renuncié a la agencia, estaba reventado y no vería laboralmente a Salcedo hasta meses antes del 5 de octubre. Chile sufrió nuevos avatares. La situación económica se salvó como una pelota sacada de la raya por maniobras de última hora. Las ingenuidades y desatinos de la oposición dejaron pasar momentos que pudieron ser heroicos. Cambios en el último minuto de un sagaz Pinochet lo mantuvieron en el poder en medio de la guerra latente.

Durante mucho tiempo maldije ese año de trabajo, hasta percatarme de que lo que había vivido no era muy diferente de lo acaecido a muchos otros creadores y artistas chilenos. Una fiesta me ayudó a entenderlo, una fiesta inolvidable aquella con que, años después, en una casona del noble barrio de Ñuñoa, inauguró sus estudios la más grande de las productoras de cine y video independiente del país, *Filmocentro*.

Encuentros del tercer tipo

A la fiesta me invitó Carlos Tironi, uno de los dueños, con quien compartíamos una amistad de vecinos, barrio y niños entrando y saliendo de las casas. Estaba feliz y se le notaba. Todo el tiempo hablaba de la casa (y es un hombre que habla poco). Sonreía con sus ojos de búho y se reía despacito, seguro de la belleza del proyecto.

Hasta entonces *Filmocentro* había funcionado en otro lugar mítico del Chile pre Pinochet. En la periferia inmediata del centro de la capital, en una casa de un piso, con distribución colonial, testimonio de la reticencia arquitectónica de Santiago, que construye igual a lo más arcaico o le baja una revolución de modas que crea engendros urbanísticos de fealdad insuperable, convirtiendo a la ciudad en una especie de museo vivo de arquitectura, el mismo lugar donde antes del golpe militar había estado la *Peña de los Parra*, donde cantaban los legendarios hermanos ídem, hijos de la Violeta, y donde concurría lo más granado de la izquierda utópica y entusiasmada de esos años. Cambiar de casa tenía ya un significado. La casa de Ñuñoa era una casona remozada, con toques modernos y un diseño funcional y bello a la vez. Tenía un enorme set de filmación y cuidados estudios de grabación. Combinaba el talento criollo de hacer con la pobreza joyas y también sinceros reconocimientos a los avances de la tecnología. En muchas oficinas pestañeaba un Mackintosh con su sonrisa boba y cuadrada y su eficiencia a prueba de balas. Buen

gusto, sencillez, vanguardia, todo estaba presente. La retórica en decoración de interiores de la vieja izquierda brillaba por su ausencia. Sólo una pintura de la Peña testimoniaba los ancestros. Los rostros eran los mismos, pero también se vestían distinto. Los jeans típicos mezclados con chalecos chilotes y aspectos de músicos del altiplano se habían ido. En su lugar una onda *casual* y mucho olor a transvanguardia y posmodernismo. *Pop y kitsch* repartidos por aquí y por allá, colores fuertes sin pretensiones como las horrorosas oficinas bancarias. Todo como un living acogedor, pero ejecutivo. Algo de *yuppie* en la atmósfera general. Lámparas de vitraux mezcladas con lona. Música de Police, Jean Luc Ponty, Pat Metheny. Más jazz de la Windham Hill que quenas y zamponas. Ni un ápice de renuncia ideológica en lo profundo, pero evidentes cambios casi *perestroïkos* en la manera de mirar el cosmos.

La fiesta era igual. Nocturna y espléndida. Bajo una enorme carpa de circo me encontré con Vadell y Salcedo, los mismos de otra fenecida carpa, la de *Hojas de Parra*, brindando por los buenos augurios en medio de una multitud de poetas, narradores y plásticos, de actores y músicos que a poco andar de la actuación de Roberto Lecaros tocando un *standard* como *Hojas Muertas* o *My Funny Valentine* comprobé que todos eran, habían sido o iban a ser, miembros del gran circo publicitario. Esa era la carpa. Pero su dignidad era diferente. Ya no había sobrevivientes a costa de la prostitución ni mercenarios quemándose en las excusas del cinismo. Había un orgullo de estar vivos y creando, de tener algo que decir y de haber aprendido el idioma de ese nuevo Chile que, al fin, se daba por muerto y resucitado. En las conversaciones no se oía el viejo relato de la derrota mitológica, sino la de un fenómeno complejo que desmentía todas las versiones *for export* y replanteaba la pregunta eterna de todos los chilenos: ¿En qué momento este país se volvió loco? Ya no era, en los relatos, sólo Pinochet el culpable, ya se sentía la complicidad asumida y la batalla liberadora iniciada desde su base. El lenguaje secreto del plan de destrucción ideológica del régimen había sido decodificado, todos los presentes lo dominaban y, por lo tanto, eran libres. Lo habíamos aprendido al dedillo a costa de humillaciones, manipuleos y oficio. El mismo equipo de *Filmocentro* había trabajado para las causas más variadas, esperando meramente salir adelante conservando, claro, un propósito central de hacer cultura, pero entendiendo que el país cuya cultura había que hacer era otro. Que Chile nunca más será el mismo y que la nostalgia es sólo una perversión de la historia, tan cruel y desajustada a la realidad como toda la mitología del 11 de Septiembre que explicaba la historia de nuestro país como *antes y después de*, como una leyenda donde los buenos eran unos y los malos los otros, según el color del narrante. La fiesta de *Filmocentro* anunciaba una actitud intelectual distinta,

renovada, antimaniega, integradora y, sobre todo, con esa característica tan ajena a nuestro continente y que nos ha costado tan caro, realista. Todos en Latinoamérica seguimos buscando El Dorado, las utopías florecen sin regarlas y los gnosticismos de cualquier signo prosperan como hongos. La modernidad, que precisa de autocrítica y pasión por el cambio, nos llegó ya con sus frutos podridos y nos embriagó con promesas que no tuvieron atajo. De una pestañada estábamos llenos de gobiernos militares y repitiendo consignas inútiles, mientras se escuchaba casi monótono el estallido de bombas y las ráfagas de metralleta.

El posmodernismo, con su fiero desencanto, su relativismo absoluto y su encogimiento de hombros frente a todo arrebatado pasional por idea alguna, cayó sobre nuestros hombros. Sólo el dolor y la miseria, en cualquiera de sus formas, nos protegió. Mantuvo el encanto como necesidad, la pasión como esperanza, la fuerza viva de la supervivencia verdadera. La necesidad de un sentido, de una luz, de una redención posible.

Se lo dije a cuanto quiso escucharme en esa fiesta. Estamos celebrando otra cosa, una nueva forma de libertad, el reencuentro con la historia. Bromeando en un seminario, semanas después, encontramos el nombre: *el pospinochetismo*, una especie de posmodernismo modificado a fuerza de palos, apagones y censura, una manera de arreglar cuentas con el país a través de las limadas armas de la época del desencanto en una ecuación loca pero acertada: si se sumaba a la necesidad de lucha un suave escepticismo, resultaba el acto político más cerca de esa vieja definición que lo llama el arte de lo posible. El realismo se nos caía encima disfrazado de ilusión desinflada, desecho cultural que se vengaba, volviéndose la cultura misma.

Pospublicidad & Pospinochetismo

La venganza de los publicistas era convertir el nombre en producto y el aviso en obra de arte. Moría lo avisado y sobrevivía el avisaje. *Cultura pop y camp*, que invertía el valor de lo noble y lo impuro, sumando al final a favor de los supuestamente esclavizados creadores, que de peones terminaban en jinetes. De los propietarios del dinero no quedaba más que el esclavo, del amo sólo el siervo, del dinero sólo su huella, un arte nuevo, el de la publicidad sin sentido comercial, desdibujado el hecho negociable, perdida su utilidad original, se hacía decorativo, inspirador y revelante. En los *spots* se puede leer el alma de Chile, no sólo porque la televisión sea en el mundo contemporáneo lo que más se parezca a la voz de Dios y a una experiencia mística degradada; no sólo porque la pantalla

omnipresente parezca el paisaje único del inconsciente electrónico, sino porque en ellos, contra todos los vientos y mareas del neoliberalismo económico y la orgía consumista, trabajan artistas de verdad que, a pesar de su propia cremación en el sistema, dejan entrever a su propio pesar los sueños de su pueblo. Sin darse cuenta dan testimonio incluso de lo que no saben de su tiempo, lo no pensado, lo que todavía no tuvo palabras en el habla cotidiana y lo corrigen sin saber, sin intención, dando en el blanco sin querer, inventando el lenguaje con que se puede redefinir el futuro, como lo ha tenido que empezar a hacer el mundo de las ciencias sociales aceptando la diversificación y complejidad de la realidad latinoamericana.

El encuentro final se dio en la campaña televisiva del NO. Los ejecutivos de cuenta, representantes sin ambages de la clientela, y defensores del producto que sometía el trabajo del artista, dejaron su hueco a los cientistas sociales de los tan mentados y vapuleados centros académicos independientes. Hicieron ellos los estudios de marketing político, las encuestas, sirvieron de puente entre los partidos, las figuras políticas de más renombre y los publicistas. Ante el imperio de la televisión, los oradores debieron reaprender su oficio. Dejados de lado por más de una década, censurados o francamente prohibidos en la pantalla chica, reaparecerían con cautela escuchando el consejo de los expertos. Detrás de la franja del NO (quince minutos diarios después de quince años de silencio, que otorgaba la ley de un gobierno demasiado seguro de su poder, demasiado soberbio) había más de un centenar de diseñadores, escenógrafos, directores de fotografía, cineastas, editores, estrategias de medios, redactores, actores, dramaturgos. Todos con experiencia en el área tantas veces maldita, todos trabajando sin cobrar un peso, casi sin recursos materiales, con todos los recursos humanos imaginables. El *pospinochetismo*, el poder pensar a Chile sin Pinochet, se hacía realidad, una nueva versión de la historia se escribía. El lenguaje de la franja estrenó una desretórica propia de este desencantamiento encantado, una posición moderada, realista, estrechamente ligada al dolor moral, pero no a través del horror de la denuncia, sino de la herida elaborada y el duelo pasado por la reflexión.

La sonrisa de *Caszely* fue señera y desbocadora. Habló con ternura de su madre humillada, con presencia de ánimo, sin perder ni un instante un ápice de su talento alegre, el mismo con que manejó el balón dirigiendo la delantera de Colo-Colo, el equipo más popular del país, tan vapuleado como él mismo, intervenido en su dirigencia, donde ocupaban puestos importantes varios jefes de la extrema derecha, que tuvieron que morderse los labios, los dientes, los carrillos, haciéndose trizas las mandíbulas, para reconocer que la verdad venía hecha al compás del *dribling* endiablado y divertido de *Caszely*, el antiprototipo de la cultura

contemporánea, rechoncho, enemigo de todo culto al cuerpo, ausente de los entrenamientos, porfiado y amigo de opinar en política. Perezoso hasta la irritación, transformaba partidos con un solo movimiento de cintura.

Con esa habilidad y agregando perseverancia, fría meditación y aplicando todo lo que de ciencia pudiera tener la publicidad, los nuevos creadores *pospinochetistas* (que como definición es un movimiento que agrupa sin agrupar y al que sus miembros ignoran que pertenecen) escribieron lo que sería el guión de un triunfo, lo que vendría a ser la resucitación de una república laica, vital, civil, vigente.

Sobre el día 5 de Octubre de 1988, el día del gran Miedo y la gran Alegría, se podría escribir otro artículo y sin duda varios libros. Es historia conocida y no por esto pierde maravilla.

Hoy los políticos nuevamente tienen la palabra. Me atrevo a decir que si quieren dar en el clavo, no podrán prescindir del lenguaje adquirido, el que aprendimos a hablar todos los artistas que alguna vez cruzamos los umbrales de las agencias publicitarias, donde nos inhibía el mullido sonido de la música ambiental y el acogedor aire climatizado, entre plantas de interior y computadores personales, para sencillamente buscar trabajo, un sueldo digno, con un dolor en el alma que hoy está pagado y que, estoy seguro, los años venideros verán dar fruto en las obras de arte que esta generación, la del desencanto encantado, entregue.